

SECCION DOCTRINAL

Publicamos con la mayor complacencia el siguiente artículo, que se refiere con grande oportunidad y justicia al eminente filósofo é ilustre colaborador nuestro, el Padre Zeferino Gonzalez, hoy preconizado Obispo de Málaga. Su autor escribió y dió á luz hace algun tiempo otro artículo sobre el mismo asunto, pero sin la extension y desarrollo del presente. Si por no admitírsele en Roma la renuncia que ha hecho, hemos de ver ausentarse de Madrid al cristiano filósofo, honor de las ciencias y de la patria, LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD cumple el deber de dedicar con respeto y cariño una nueva muestra de adhesion á su memoria.

EL FILÓSOFO ESPAÑOL FRAY ZEFERINO GONZALEZ

Válido por demas hubo de correr no há mucho tiempo, dando al olvido nacionales glorias, que los estudios especulativos no eran ni podian ser fecundos en España. La Historia, maestra de verdades, puso de manifiesto lo erróneo de este aserto en lo tocante á lo pasado, y la evidencia mas palpable expone á nuestros ojos su falta de verdad en lo que hace á lo presente, con lo que queda por demas demostrada su total falsedad respecto al *esse* y al *posse* de la cuestion en debate.

En efecto, Séneca y Osio, en la antigüedad; la escuela sevillana y la mozárabe de Córdoba, Raimundo Lulio y los árabes y judíos españoles en la Edad Media; Melchor Cano y Suarez, Vives y los Sotos en la moderna; Alvarado y Balmes, Cuevas y Or-

ti-Lara, Moreno Nieto y otros muchos en la contemporánea; son buena muestra de lo que aseveramos. Mas por si acaso fuese menester nuevas pruebas, depáranos la Providencia en nuestros días al ilustre dominico Fray Zeferino Gonzalez.

Es la modestia virtud, y virtud cristiana por añadidura, cuyos naturales resultados Dios compensa por ignorados caminos. Ocúltase el oro en las entrañas de la tierra, pero el brillo de su natural color descubre indicios del exigüo filon de rica mina; y la luz, quebrándose en colores en la superficie del diamante, distintamente le señala entre la inmensa multitud de piedrezuelas entre las que se esconde y se confunde. Esto acontece con el filósofo español. En vano aparta con la mano de la humildad la trompa de la fama, el viento esparce sus sonidos, y el P. Zeferino ve atónito invadir su celda estrecha á jóvenes sedientos de saber, á sábios deseosos de conocerle, á escritores que ansían someter sus trabajos á su exámen, y lo que mas le mortifica, á publicaciones, ya aisladas, ya periódicas, en que se da á conocer su justo é ignorado valor por los que consideran cargo de conciencia y crimen de lesa nacionalidad y patria no dar á conocer al mundo sábio la existencia de varon tan ilustre y eminente.

Oriundo de las quebradas montañas del principado de Asturias, vió el P. Zeferino la luz en el fragoso valle de Villoria, donde tal vez las empinadas cumbres de las montañas, que por todas partes le rodean, encaminaron desde niño su mirada al cielo, y contribuyeron poderosamente á infundirle ese tinte de natural tristeza y gravedad que casi nunca le abandona.

Sus padres, modelos típicos de aquellas honradas familias españolas, que tantos héroes dieron á la patria por la severidad de sus costumbres y la rigidez con que los educaban, infiltraron de tal modo el amor á la virtud y al estudio en el ánimo del jóven asturiano, que, siguiendo el ejemplo de ilustres paisanos suyos, abrazó la carrera eclesiástica, dirigiéndose al colegio de misioneros de Ocaña, donde empezó sus estudios, juntamente con el que despues ilustró la órden de Predicadores con el admirable martirio que sufrió en Asia, el venerable P. Fray Melchor Garcia de San Pedro, natural del concejo de Quirós, en la provincia de Asturias, ¡como si esta gloriosa tierra, cuna de nuestra nacionalidad y origen de la restauracion y de la reconquista, estuviese llamada á

restaurar de nuevo las ciencias y la fé, con mártires como García de San Pedro y filósofos como Fray Zeferino!

Era tal y tan grande la afición al estudio en este último, que ya desde pequeño empezaron sus ojos á resentirse de tanta y tan continuada lectura, mereciendo de sus compañeros el significativo y humorístico apodo de *Traga-libros*.

Teología, historia, cánones, ciencias políticas y sociales, todo lo recorría con avidez creciente, todo lo leía, sobre todo meditaba; pero ya dejaba conocer muy á las claras su mayor afición á los estudios filosóficos, en su parte especulativa, y ya revelaba á los perspicaces ojos de sus superiores la gran fuerza de especulación, su gran talento, la vasta profundidad de su raciocinio de que tan evidentes pruebas está dando.

Un error inconcebible vino á poner á prueba la vocación del jóven dominico, prueba de que salió triunfante, dejando mas confirmado así su invencible amor á la religion de Santo Domingo. Profesó tan jóven, que solo contaba, segun la fé de bautismo, el tiempo canónico necesario para poderlo verificar, cuando, pasado un año, recibió aviso del superior de que su fé de bautismo estaba equivocada, y que, por lo tanto, su profesion era nula, y podia, si tal era su voluntad, abandonar el hábito. No se hizo esperar mucho la respuesta, y tras pocos dias de ejercicios, volvió á profesar solemnemente, confirmando así por dos veces su ardiente amor á Dios, á la religion y á la ciencia.

Una de las incesantes llamaradas con que la revolucion ha estado desolando en este siglo á nuestra patria obligó á apresurar la marcha para las misiones al P. Zeferino, que, en compañía de otros jóvenes dominicos, se embarcó en Cádiz en la fragata *Fama Cubana*, con tan desgraciada suerte, que, asaltados de tempestad furiosa, rota y maltratada la nave, arribaron tras largos dias de padecimientos á Rio-Janeiro, donde trasbordaron á un buque inglés para continuar su navegacion interrumpida. Pero estaba de Dios que habia de pasar por el agua y por el fuego, pues apenas en alta mar, estalló un incendio á bordo, producido de intento por varios marineros que se declararon en rebelion abierta. Fácil es de considerar la natural angustia en situacion tan precaria; pero, en fin, Dios hubo de apiadarse, y ante la aparicion de otro buque inglés que regresaba, se apagó el fuego, y los cabecillas

de la revuelta fueron conducidos á su bordo y separados de la tripulacion que alborotaban.

Estos terribles accidentes, que tanto debian afectar su ánimo y que tanto dilataron la navegacion, empezaron á abrir mella en la delicada constitucion del P. Zeferino, hasta tal punto, que sus superiores le negaron el permiso que anhelante solicitaba de pasar á las misiones del Toun-kin, donde varios hermanos suyos lograban á la sazón la palma del martirio, y á pesar de esto, el ardor increíble con que, sin abandonar el púlpito ni el confesionario y las prescripciones de la regla, se entregó al estudio en el ardoroso clima de Manila, añadiendo á sus trabajos particulares y á la consumacion de sus estudios teológicos el desempeño durante cinco años de la cátedra de filosofía y durante ocho de la de teología, le acarrearón graves daños en esta época, funesta para su salud, si bien fecunda en sumo grado para la ciencia.

Abrumado con tales y tantas ocupaciones, á tan colosal distancia de los centros científicos del movimiento intelectual europeo, falto de libros muchas veces, trazó su pluma por entonces la obra magistral titulada *Estudios sobre la filosofía de Santo Tomas*, obra gigantesca, monumento del genio y del saber, y lo mas notable que en ciencias filosóficas ha visto quizá el siglo en que vivimos.

Los que, como nosotros, hayan recorrido sus páginas sin prevencion alguna ni antecedente ninguno respecto de su autor, habrán sentido subyugarse su espíritu ante aquella poderosa lógica, ante aquella naturalidad y sencillez, ante aquel altísimo vuelo de la razon, que impele á la verdad con tan misteriosa como irresistible fuerza.

Los mas altos y trascendentales problemas de filosofía, agitados por las escuelas orientales, griegas, alemanas, latinas, francesas, italianas, árabes, inglesas y españolas; las soluciones mas distintas dadas por los sistemas antiguos y modernos; los cargos mas graves y severos dirigidos á la filosofía escolástica; las mas difíciles cuestiones relativas al bien, á la verdad y á la belleza, á Dios, al hombre y al mundo, con sus aplicaciones á la moral, á la política, al derecho, á las ciencias físicas y naturales, todo lo estudia, todo lo analiza, todo lo juzga y lo domina desde el elevado punto de vista de la filosofía de Santo Tomás.

El racionalismo en sus infinitas divisiones, el tradicionalismo

en sus diversos matices, el panteísmo en sus diferentes modos, el materialismo en sus distintas fases, los errores optimistas, occasionalistas, ontológicos, empíricos, todos en fin, reciben condenación justificada, no en vagas y huecas declamaciones, sino con razones poderosas, recto criterio é incontrastable lógica: inútil sería tratar de analizar esta obra; que los que quieran conocerla abran sus páginas, y mas que nuestros pobres encarecimientos dirá á sus ojos la evidencia.

La obra de los *Estudios* fué una revelación. El mundo católico lanzó un grito de entusiasmo. Cual en otro tiempo, desde un ignorado rincón de Cataluña, salió una voz que atrajo las miradas de Europa con su imperio, y el nombre de Balmes corrió á aumentar el catálogo de los varones inmortales, así el mundo científico se asombró ante tanta erudición, tanta ciencia y tanta profundidad de juicio, buscando con la vista la asiática ciudad donde residia el genio.

Pero el genio era un oscuro fraile, de pocas palabras, enemigo del ruido y la exhibición, amante de la soledad y del estudio; y el mundo, arrastrado en el incesante torbellino de las catástrofes políticas, distrajo sus miradas á otra parte mas fácil y divertida ó mas interesante que una obra en tres tomos, de materias abstrusas y metafísicas, y poco tiempo despues, un ministro ligero y superficial cuando menos, se atrevió á decir que en la universidad de Manila, donde habia enseñado cinco años filosofía el P. Zefirino, donde se habia formado, donde habian sido elaborados los *Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás*, «se enseñaba una filosofía propia de los peores tiempos del oscurantismo.»

No fuimos nosotros, por fortuna, de los que perdieron de vista al eminente filósofo, y cuando una enfermedad cruel, contraída por tanto penoso estudio en Filipinas, le obligó á volver á España á reponer su salud tan quebrantada, tuvimos la incomparable honra de ser los primeros en trabar con él lazos de firme y solida amistad, subordinados á la veneración y al respeto.

Frutos de condescendencia suya é impertinencia nuestra fueron los admirables artículos que sobre economía política y filosofía alemana y escolástica publicó en *La Cruzada*, primera publicación que en España tuvo el honor de insertar estudios suyos y de citar con justo elogio su nombre y sus doctrinas.

Escribió mas tarde en la revista *La Ciudad de Dios*, dirigida tambien por el insigne filósofo Orti-Lara, en la que dió á luz cuatro magníficos artículos acerca de la filosofía de la historia, señalando su origen racional é histórico, sentando sus principios y elementos, su fin y sus propósitos, analizando los sistemas y combatiendo los errores que, con pretexto de esta ciencia, se infiltraban en la filosofía y en la historia.

Y mas tarde, cuando el mundo católico se vió entregado á poco prudente disputa entre dos exageradas tendencias del partido católico, en la cuestion de la infalibilidad pontificia, el Padre Zeferino Gonzalez dejó oír su voz serena en medio del combate, y condenando el amargo celo y la funesta intemperancia de los unos y las peligrosas doctrinas de los otros, restaurando la hermosa doctrina de Santo Tomás y Melchor Cano, despejó el campo de nieblas y fantasmas, dejando á la verdad esparcir tranquila sus rayos de luz á las conciencias.

Mientras tanto, el P. Zeferino habia producido otra obra más difícil, mas útil, si se quiere, todavía. La *Philosophia elementaria*; en que, desenvueltas y ordenadas las admirables doctrinas de Santo Tomás, ofrecen un cuerpo de doctrina metodizado, para que la sólida y fundamental filosofía del doctor angélico fortifique las jóvenes inteligencias de los estudiantes de los seminarios, y al mismo tiempo les de un conocimiento completo y detallado de los principales errores y sistemas que combaten á la verdad en filosofía, no en un exámen aislado de las escuelas, sino en cada teoría, en cada principio, en cada aplicacion de la lógica y ontología, de la psicología é ideología, de la cosmología y la teodicea, y, finalmente, de la ética, asistiendo así á la génesis de cada error antiguo y moderno de los que registra la historia de la ciencia.

Pero esta obra, destinada á influir tan poderosamente en la reforma é ilustracion de nuestro clero, tan necesaria siempre, pero especialmente hoy en dia, y por lo tanto en la reorganizacion de nuestra sociedad tan desquiciada, era estéril, por regla general, para las escuelas y universidades, por el general olvido y decadencia de la lengua del Lacio, en la cual está escrita la *Philosophia elementaria*. Varias personas, entre las que reivindicamos con orgullo la honra de contarnos los primeros, exigimos y suplicamos que se vertiera al castellano, y al fin lo conseguimos,

si bien el P. Zeferino, incapaz para repetirse, la modificó de tal modo al traducirla, añadiéndola por unas partes, cercenándola por otras y dándola diverso desarrollo, que mas bien puede decirse que es una obra nueva que no una traducción «*La Filosofía elemental*», que ha publicado. Obra destinada á producir una renovación trascendental inmensa en la juventud española, no solo en cuanto restaura aquellos métodos y principios de tradicion tan gloriosa, sino en cuanto encadena con apretado raciocinio á las fundamentales verdades de la ciencia aquellas ulteriores aplicaciones á las ciencias segundas, que como las políticas y económicas, faltas de direccion, cayeron en los mas tristes errores, como hoy estamos tocándolo en sus funestas consecuencias.

Mientras en este trabajo se ocupaba, pudimos conseguir que algunos dias prescindiese de su exagerada modestia el P. Zeferino, y que en la humilde celda de la calle de la Pasion, donde habita, admitida la renuncia del cargo de Rector del colegio de Ocaña, que desempeñó durante algun tiempo, elevando el colegio á la altura de los primeros establecimientos de nuestra patria, dotándole de gabinetes de fisica é historia natural y abriendo cátedras de lenguas orientales y europeas desde la griega á la alemana, nos expusiese en algunas conferencias los inmortales principios de la filosofia tomista. Así lo hizo, en efecto, tres dias por semana, en que, sin aparato ni ostentacion y casi *peripatéticamente*, expuso la importante cuestion de las categorías, la admirable teoría de la verdad, la de la razon, y toda la psicologia empírica y casi toda la racional, ante un reducido pero antentísimo auditorio, en el que, se hallaban jóvenes de talento, periodistas, sacerdotes, y títulos de Castilla: recordando entre otros varios á Perez Hernandez ya bien conocido por su especial talento y aficion á los estudios filosóficos, Pagazartundua dado á las artes y á las letras, el marqués de Herédia con su aficion á la ciencia y á la literatura, el poeta y periodista Melgar, el conocido publicista Perier, el conde de Llobregat, discípulo en Francia del R. P. Gratry y ahora del P. Zeferino en España, y otros jóvenes entre los que se hallaba el autor de estas líneas, el mas ferviente si bien el menos aprovechado de sus discípulos.

Pero cuando se nos presentaban en seductora perspectiva las importantes cuestiones ontológicas, la ciencia médica obligó al

padre Zeferino á suspender las conferencias por algun tiempo, atendido el cada vez peor estado de su vista.

Ignoramos si la Providencia volverá á reunir á los que acudíamos presurosos á la calle de la Pasion á escuchar las conferencias del P. Zeferino, pero, sea lo que quiera, estamos bien seguros que todos los que á ellas asistieron llevarán siempre en su corazon y en su cabeza impreso el recuerdo de aquellos fugaces instantes, tan útiles y tan queridos, en que, irradiando luz de su altísimo entendimiento, iluminaba los nuestros con la claridad, la precision y la sencilla elocuencia de sus explicaciones.

Todavía recordamos aquel magnífico rasgo de natural elocuencia cuando, al exponernos la sublime teoría de la verdad del doctor angélico en sus divisiones de trascendental, subjetiva y moral, nos la representaba con feliz analogía, como un gigantesco triángulo, cuyo vértice supremo era la mente divina, donde existentes de toda eternidad las ideas arquetipas, partian dos rayos divergentes, uno que pasaba por los entendimientos y otro por las cosas, y que representaban, el uno la impresion y participacion de la razon divina en nosotros, y el otro la conformidad de las cosas con la idea de su tipo preexistente en el entendimiento divino, y que se unian por el tercero, con que se cerraba el triángulo y que era la ecuacion del entendimiento con el ente, del sugeto con el objeto, de la idea con la realidad, constituyendo el primero la razon, el segundo la verdad metafísica, trascendental y objetiva, y el tercero la verdad lógica, formal y subjetiva, con que quedaba cerrado el triángulo y completada la teoría.

No se crea, por todo lo que dejamos dicho, que el P. Zeferino, implantado en los antiguos moldes de la escolástica, es una como filosófica momia exhumada de algun monasterio de la Edad media, inaccesible á toda idea, á todo método, á todo procedimiento no practicado en las escuelas. Nada de eso; si el P. Zeferino proclama la absoluta supremacia de la filosofía de Santo Tomás, si demuestra lo infundado y gratuito de muchos de los cargos que contra la escolástica formularon la pasion y la ignorancia, no por eso deja de conocer y de aceptar la parte buena de que haya sido causa ocasional la filosofía moderna, ni los extravíos á que en épocas de decadencia haya podido dar lugar la filosofía de las escuelas, pues no es, como tal vez pudieran sospechar algunos,

el padre Zeferino uno de esos huecos y sentimentales declamadores, partidarios sistemáticos de todo lo pasado y enemigos *á priori* de todo lo porvenir y lo presente. Antes, por el contrario, su natural independencia y amor á la verdad, unidos con la inspiracion del genio, le llevan á la originalidad en muchas cosas, en que, partiendo de la teoría tomista, da desarrollos hasta ahora desconocidos, conquistando verdades á la ciencia y haciendo avanzar así las columnas de Hércules del cenocimiento humano.

Tal es, entre otras muchas que los naturales límites de este estudio nos hacen omitir, su magnífica y completa teoría acerca del origen y generacion de las ideas. Tomando por base la potencialidad de la razon, reducida en acto por las impresiones de los sentidos, que producen en la imaginacion los *phantasmas*, de los que el entendimiento agente, activo por naturaleza y por participacion directa de la razon divina, abstrae las especies inteligibles, que recibidas por el entendimiento posible dan á la razon materia á la reflexion y punto de partida para tomar su vuelo; distingue las ideas en impresas y expresas, admite el principio *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*, clasificando, con tan admirable acierto como profundidad, las ideas en innatas *in fieri proximo*, que es la universal de ente, idea que brota en la razon en cuanto se despierta, y que está primero solo ocasionalmente en los sentidos, en ideas que representan objetos puramente espirituales, y en ideas puro inteligibles, que representan las razones universales que se encuentran en las cosas espirituales como materiales, como la razon de causa, efecto, necesidad y contingencia, etc., etc., y que ambas están en los sentidos como en causa material, remota é indirecta, ó en cuanto éstos suministran la materia remota para ellas; y, por último, en ideas inferiores ó de primera abstraccion, que representan las cosas materiales y sensibles bajo la forma de universalidad, y que están plenamente en los sentidos como materia próxima.

Profunda y admirable teoría, que al paso que cierra toda entrada á la teoría semi-panteísta de las ideas innatas, al tradicionalismo y al ontologismo, y finalmente, al idealismo y sensualismo, entraña una fecunda clasificación como categórica ó jerárquica de las ideas, con la que se halla fácil solución á las mil du-

das, que asaltan la razon al considerar el tan intrincado y tan trascendental problema del origen y generacion de las ideas.

Esta somera exposicion que acabamos de hacer nos pone de manifesto, al par que la originalidad é independencia, el modo y método filosófico del P. Zeferino.

Espíritu recto y elevado, no se entrega en filosofia á declamaciones poéticas, y mas aristotélico que platónico, indaga las causas y efectos de las cosas con lógica severa y meditado raciocinio, y no con arranques y raptos de pasion, en que tiene por regla general más parte la imaginacion que el entendimiento.

Y aquí se nos presenta una nueva faz del P. Zeferino.

Los que estudien sus obras metafísicas y analicen su estilo, que aunque castizo y propio se asemeja por su precision concisa á una serie de ecuaciones matemáticas. comprenderán, sin duda, lo filosófico de su carácter, revelado en el concepto y el estilo; pero tal vez no sospechen que aquel que con tanto tino sabe encerrar á la palabra en los límites de la idea, puede, cuando quiere, dar suelta á la imaginacion y vuelo á la fantasía, brotando en poéticos raudales torrentes de inspiracion y de elocuencia

Así se nos aparece, en efecto, el P. Zeferino como orador sagrado. Encargado el año 62 de predicar el sermon en la festividad de Santo Tomás por la universidad de Manila, pronunció un magnífico discurso, que, sin vacilacion alguna, declaramos como una de las joyas más hermosas que esmaltan el joyel de la elocuencia española, y bastante á estampar para siempre en aquel que la produce el nombre de orador en toda la brillante extension de la palabra.

Y en prueba de lo que de aseverar acabamos, y por ser, tanto el discurso como esta nueva faz del P. Zeferino, apenas conocidos, insertaremos alguno de sus mas soberbios párrafos.

Despues de demostrar que la santidad y la justicia divina han existido siempre en la tierra, desde el Eden al Ararat, desde el Ararat á Sion, desde Sion al Vaticano, en esos hombres que constituyen el apostolado de la verdad y que se llaman Adan, Noé, Moisés y aunque de un modo incompleto, en esos otros que se llaman Zoroastro y Pitágoras, Platon y Aristóteles, Ciceron y Epitecto, y, por último, en toda su plenitud en el Hijo de Dios; despues de demostrar que ademas de la verdad divina, restaurada

por Dios y por la Iglesia, existe la verdad humana, cuya obra de restauracion, emprendida por Orígenes, Atanasio, Agustín, Lactancio, habia de llegar á su perfecto acabamiento en el órden filosófico por Santo Tomás de Aquino; despues de describir la juventud del discípulo de Alberto el Magno, el estado de la ciencia y de la Europa al tiempo de su aparicion, la restauracion de la verdad en el órden filosófico por el *buey mudo de Sicilia* con la *Summa contra los gentiles*, y en el órden teológico con la *Summa teológica*, hace esta arrebatadora síntesis de los trabajos del santo doctor, terminando con una rápida mirada hácia su santidad y su virtud, expresada en palabras que son todo un cántico de amor. Dice así:

«Habia escrito de legislacion, de moral, de gobierno, de exegesis, de controversia. Habia restaurado y desenvuelto la filosofia cristiana, abriendo al paso nuevos horizontes á la ciencia. Habia dominado el movimiento panteista y el movimiento racionalista, que se alzaban amenazadores contra la religion y contra la sociedad. Despues de esto sentó su tienda junto al Verbo de Dios, y de lo alto de las colinas de la eternidad arrojó sobre el mundo una palabra de verdad y de vida; levantó en medio de los siglos la inmensa pirámide de esa ciencia del cristianismo, cuya base descansa en la tierra y cuya cúspide se oculta en el cielo; escribió la *Summa teológica*, y en ella y con ella, el testamento de alianza sempiterna entre la razon humana y la razon divina, entre la ciencia y la religion. La obra estaba acabada, y Tomás podia dormir en paz. Sobre su sepulcro se agolparon por espacio de cien años los pueblos y las universidades del mundo cristiano para disputarse sus huesos, que descansaron por fin en el seno de sus hermanos. Solo faltaba á este hombre una última gloria, y Dios le concedió esta gloria. Todo lo que es verdaderamente grande, todo lo que lleva en sí la señal divina está destinado á sufrir la prueba del combate y el ódio del mundo. Apenas Santo Tomás habia descendido al sepulcro, cuando la envidia intentó empañar con su hálito ponsoñoso el brillo de su nombre y de su doctrina. La Europa presenció entonces un espectáculo sublime: vióse á un anciano de cabeza encanecida llamar á las puertas de la universidad de Paris, la primera entonces del mundo, convocar á sus profesores y estudiantes y desafiar á los de-

tractores de Tomás, cuya causa se ofrecia á sostener. ¿Sabeis el nombre de aquel anciano venerable, en cuya presencia enmudecieron los detractores de Tomás? Era Alberto Magno, que, á la edad de ochenta años, habia salido de la antigua ciudad de Agripina para defender el nombre y la doctrina de su antiguo discípulo.

«Nada os he dicho del concierto de alabanzas que han prodigado al doctor de Aquino los grandes hombres contemporáneos suyos y los grandes hombres venidos despues, y los doctores, y los Concilios, y los Pápas, y la Iglesia universal. No es fácil reducir á estrechos límites la inmensidad del Océano. Tampoco me ha sido posible, desde el punto de vista en que me he colocado, descender á la narracion de su santidad y sus virtudes. ¿Quereis saber algo de esa santidad y esas virtudes? La religion tiene una palabra misteriosa que las reasume todas: es la palabra del amor de Dios, porque el amor de Dios es el principio, el medio y el fin de la santidad cristiana. Pues bien, escuchad: ese hombre, de cuyos lábios estuviera pendiente toda la tierra, ese hombre que, para usar el lenguaje de la escritura, habia disputado de todo, *desde el cedro que se levanta en el Líbano hasta el hisopo que nace en la pared*, ese hombre, que habia recorrido todas las esferas de la verdad, «desde el murmullo que produce en el átomo hasta la armonía que produce en los lábios de Dios», un dia se sentó solitario á los piés de un Crucifijo, y de su corazon, abrasado por la llama del amor divino, salieron los acentos mas puros, mas santos, mas sublimes, para cantar las glorias del sacramento del amor. ¿Quién no ha sentido su alma dulcemente conmovida al escuchar ese *Lauda Sion* admirable y los graves acentos de esos himnos, con que el corazon amante de Tomás saludó entonces al Dios escondido en el grande Sacramento? Al escuchar sus santas efusiones y sus llantos de amor, al escuchar sus gemidos sobre el desierto de esta vida y sus tendencias impetuosas hácia la patria celestial, se recuerda involuntariamente á los cautivos de Israel, cuando, sentados á la sombra de los sauces de los rios de Babilonia, tristes, recordaban las glorias de Sion y entonaban llorosos las canciones de la patria. Busquemos tambien nosotros ese amor santo de Dios; no olvidemos nunca que esa caridad inefable, que *no ha nacido de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de lá*

voluntad del hombre, sino del mismo Dios, pesa mas en el peso del Santuario, que toda la ciencia del siglo. Solo con ella y por ella podemos llegar á la imitacion perfecta del doctor de Aquino : solo con ella y por ella podemos llegar á la patria de los Santos.»

¡Qué mayor prueba de que la subordinacion á que la filosofia escolástica somete á la imaginacion respecto del entendimiento en las regiones especulativas, no daña, antes favorece, á la fantasía, cuando animada por su fuerza abre su vuelo raudo y poderoso en su vasta y grandiosa esfera!

Y esta subordinacion, no solo consiste en el absoluto predominio de la una ó la otra facultad, en cuanto cabe ya en el abstruso raciocinio como en la descripcion fascinadora, sino tambien en su combinacion y en su concordia, cuando el asunto es mixto y complejo el público á que se dirige. Bien se deja ver esto por cierto en el soberbio estudio, que acerca del *Positivismo materialista* escribió el P. Zeferino para la revista «LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD», trabajo en el que abiertamente campea, juntamente con el mas recto y elevado criterio filosófico, la mas lozana fantasía, desenvueltos en el mas fluido estilo y en el mas natural y propio y castizo lenguaje.

Lo mismo se observa tanto en *La moral independiente*, artículo escrito para las páginas de la misma favorecida Revista, cuanto en los demas trabajos que juntamente con varios de los sueltos anteriormente citados, notablemente refundidos, componen el índice de los dos tomos de *Estudios religiosos, filosóficos, científicos y sociales*, que ha dado á luz recientemente; descubriéndose allí, como de paso, otro de los méritos de este insigne dominico, que consiste en dos trabajos acerca de los *terremotos* y de la *electricidad*, los cuales nada dejan que desear á los mas expertos en ciencias naturales.

Tan pasmosa fecundidad en obras de tan relevante mérito, no podía dejar en la oscuridad á su autor, ni siquiera en España, donde el incesante griterio político aturde todos los oídos y todas las inteligencias; y así fué que en breve las revistas ilustradas reprodujeron su retrato y su biografía, los periódicos políticos insertaron juicios críticos acerca de sus obras, la universidad libre de España le ofreció una cátedra en sus cláustros, y por último, la Academia de ciencias morales y políticas se apresuró por unanimidad á franquear sus puertas al filósofo dominico.

Esta celebridad nacional, juntamente con la que sus obras, públicamente alabadas por Pio Nono, traducidas á varios idiomas y algunas dadas por texto en Francia, Italia, Bélgica y Alemania y hasta en la Polonia rusa, ensalzadas por las revistas y publicaciones católicas italianas y francesas, le habian granjeado en el extranjero, fué causa de que S. S., de acuerdo con el gobierno español, y á pesar de las reiteradas renunciaciones del interesado y de las exposiciones presentadas por muchas personas influyentes deseosas de conservar á la ciencia los esfuerzos de varon tan ilustre, preconizase para obispo de Málaga al P. Zeferino Gonzalez.

Respetamos humildemente las superiores decisiones de S. S., si bien creemos que mayores que en el episcopado hubieran podido ser los servicios prestados á la religion por el P. Zeferino Gonzalez en el terreno de la ciencia. Y la razon es obvia.

Un grito inmenso general de resurreccion ha resonado en Europa. Un ángel venido del cielo quebró con la punta de su flamígera espada la losa del sepulcro, en que yacia la verdadera filosofia cristiana sepultada bajo los escombros del sensualismo y del idealismo contemporáneos; y en Italia, en Alemania, en Francia y en Bélgica surgió la filosofia de Santo Tomás de Aquino, purificada y esplendente.

España habia perdido á Balmes, á Balmes, génio colosal de vasta y penetrante mirada, que sintetizó cuanto bueno, cuanto verdadero y bello habia producido el cristianismo desde la rota de la cristiandad hasta su tiempo, que adivinó allá entre los misterios del porvenir, las nuevas y vivificadoras corrientes que habian de regenerar el espíritu europeo, que rompió el primero por la senda de las grandes reconstrucciones y que brilló en el tenebroso cielo de nuestra patria, como rápido y brillante meteoro, cuyo paso dejó estela de luz por mucho tiempo del uno al otro extremo del remoto horizonte.

El terreno estaba preparado, faltaba poner las piedras angulares sobre que descansasen los sólidos cimientos del edificio.

Entonces fué cuando en un convento de los que la revolucion se habia olvidado de destruir en nuestra patria, apareció un pobre fraile, nacido en un rincón de aquella Astúrias, entre cuyas montañas florecen los grandes ingénios al par de los grandes héroes, vestido con el hábito blanco de Santo Domingo de Guzman

y formado en las grandes y severas tradiciones científicas de España del siglo de oro de nuestra ciencia, de nuestra literatura y de nuestro poder; y este pobre fraile tendió una mirada de dolor sobre las ruinas de la ciencia y sobre las generaciones fatigadas, extraviadas ó corrompidas; y comprendiendo el ánsia de verdad que aqueja á su siglo, analizando con alto y generoso criterio sus necesidades y tendencias, asimilándose sus descubrimientos depurados, los fundió en aquel crisol de toda ciencia y de toda verdad y elevó entre nosotros el primer monumento á la reconstrucción de la Filosofía Tomista.

El impulso está dado. ¿Quién será ya capaz de detenerle en su carrera? La chispa ha prendido y el incendio se propaga. ¿Quién podrá evitar que no se convierta en hoguera deslumbradora?

El P. Zeferino Gonzalez puede dedicarse á los penosos deberes de su obispado. Cuando el sexto centenario de la muerte de Santo Tomás de Aquino se celebre en Tolosa, en aquella Tolosa en que estableció Santo Domingo la «orden de la verdad,» en aquella Tolosa en que descansan los preciosos restos del Doctor Angelico «como el mas esplendente simbolo de la fé, depositado en el centro de las tres naciones católicas y predestinadas, España, Francia é Italia, entre los Pirineos y los Alpes y casi á igual distancia de Madrid, de Roma y de París» un clamor inmenso se elevará del seno de todas las naciones, saludando la aurora del nuevo dia que amanece para la ciencia y para la gloria de Santo Tomás.

Y entre las voces de Italia, patria del ángel de las escuelas, de Dante y Savonarola, de Alemania, patria de Alberto Magno, de Francia, que encerró en su seno aquella famosa universidad de Paris, de Inglaterra, donde brillaron Lanfranco y San Anselmo, resonará la voz de España, que vuelve la vista á sus gloriosas tradiciones escolásticas, representadas antes por aquella brillante pléyada de teólogos españoles en el Concilio de Trento, representadas hoy, y reformadas y apropiadas á las necesidades de la sociedad moderna, por el filósofo dominico español, tomista, Fray Zeferino Gonzalez.

ALEJANDRO PIDAL Y MON.

VIII

Entramos en el fuerte principal del materialismo, en el argumento que no cesan de presentar en una ú otra forma, desde Cabanis y Broussais, hasta Büchner y Vogt y Moleschott, y aun algunos sábios españoles, que siguen desde lejos á estos sábios de cuarto orden. Consiste este argumento en la correlacion que se observa entre el cerebro y el pensamiento, y Büchner le expone á la larga con extremada complacencia, y anchas tragaderas para recibir como buenos cuantos hechos, comprobados ó no, han llegado á su noticia. «... No se puede dudar que sea tan inmediata y necesaria la relacion que hay entre el cerebro y el pensamiento, que el uno no puede existir, ni aun imaginarse, sin el otro. Las experiencias de Flourens en los animales, cuyas disposiciones orgánicas los hacen aptos para soportar lesiones graves en el cráneo y cerebro, no dejan duda alguna sobre este punto. Quitándoles sucesivamente y por capas las partes superiores de este órgano, hizo disminuir poco á poco,—¡y por capas?—y al fin desaparecer totalmente, las facultades intelectuales. El pensamiento está en relacion constante con la magnitud del cerebro, de su masa, con la perfeccion de su estructura y de su cualidad química.

A medida que se desciende en la escala de los séres desde el hombre, se vé disminuir el cerebro á la vez que la inteligencia, y si hay excepciones aparentes á esta gran ley, proceden de observaciones imperfectas. En el hombre crece el pensamiento, segun va desarrollándose el cerebro hasta la edad de los veinticinco á cuarenta años, en que alcanza su peso normal; disminuye con la edad, conforme va el cerebro atrofiándose. Las estrias, muy visibles en el cerebro del niño, no se muestran en el del adulto. Las mujeres tienen por término medio más ligero el cerebro que los hombres, y es bien conocida su inferioridad intelectual. La incurable flaqueza intelectual de las razas negras con relacion á la

(1) Véanse los números anteriores.

caucásica, no se muestra ménos en el estado de su civilizaci6n que en la constitucion de su cerebro, mucho más pequeño que el de los europeos, y sobre todo más parecido al de los animales en la estructura. La autopsia de los hombres de génio, por ejemplo Beethoven y Cuvier, ha dado á conocer en ellos un cerebro mucho más desarrollado y más pesado, que el del comun de los hombres. En fin, el idiotismo nace de una pequeñez normal del cerebro; y la enagenacion mental, de una lesion en este 6rgano. No hay alteracion profunda en los 6rganos cerebrales, que no produzca alguna enfermedad mental; y si no siempre se observan en los locos estas alteraciones, es porque están muy ocultas, 6 no se observa bien. Por último, es sabido que el cerebro se desarrolla y robustece en masa y fuerza con la actividad intelectual como los músculos con el ejercicio. Todo esto nos convence de la posibilidad tantas veces negada de que el alma es el producto de una combinacion química específica de la naturaleza. Con todo, no se puede decir con Cabanis que *el pensamiento es una sensacion del cerebro*, ni con Vogt, en un momento de impaciencia, que *la misma relacion hay entre el pensamiento y el cerebro, que entre la bilis y el hígado, 6 entre la orina y los riñones*; porque el pensamiento no es un producto material, debiendo decirse que, *asi cómo no hay bilis sin hígado, no hay pensamiento sin cerebro, y que el alma humana es el producto de la metam6rfosis de la materia*, que se crea, no sustancias, sino fuerzas.

Tal es, fielmente extractado, el argumento magno del materialismo, el que presentan sus adeptos con tanta insistencia como confianza, y en el que nosotros nos encontramos tan desembarazados, que podemos ser todo lo galantes que es posible, concediéndoles todos los hechos alegados, por más que algunos no sean tan ciertos, y otros estén anulados por hechos contrarios. Todos ellos vendrian perfectamente, tratándose de las relaciones entre el alma y el cuerpo; all convendria discutirlos, para averiguar cómo y en qué contribuye el organismo al ejercicio de las facultades del alma. Pero lo que es probar nada acerca de la naturaleza del alma, resolver la cuestion acerca del sugeto del pensamiento, tan lejos están de hacerlo, que ni siquiera la tocan. Ellos prueban que el alma en el uso de sus facultades y en el estado presente del hombre, está sujeta á ciertas condiciones orgánicas en que tiene

el cerebro parte principal. Eso lo sabe todo el mundo: todos sabemos que sin ojos no se vé, ni se oye sin oídos, pues no son los ojos los que ven, ni los oídos los que oyen, sino el ser consciente y *uno*; y así se dan infinitas impresiones materiales sobre los órganos de nuestros sentidos, de las cuales no resulta sensación ni idea de ninguna clase. Que el cerebro es una de estas condiciones, que es precisa cierta reacción cerebral, bien oscura y desconocida por cierto de los fisiólogos, y hasta, si se quiere, que en cada clase de operaciones anímicas trabajan partes especiales del cerebro, fundamento y base de la frenología, no tenemos interés alguno en negarlo, no nos importa para la cuestión principal; es más, la frenología hace más palpable la necesidad de admitir un *principio único activo*, y por consiguiente *espiritual*, para darse razón de los hechos que cada cual observa en sí mismo, y no puede ménos de observar. Nosotros decimos: puesto caso que el cuerpo y el alma están íntimamente unidos y asociados, hasta el punto de constituir una sola persona; que por el sistema nervioso, y su centro, el cerebro, dan las impresiones materiales nacimiento á sensaciones, y la voluntad del alma á movimientos musculares; que parecen acompañar modificaciones cerebrales al trabajo de la inteligencia y emociones de la sensibilidad; es muy concebible y conforme al orden armónico de las cosas, que exista cierta relación de proporción entre el poder, progresos, perturbaciones y estados diversos de las facultades mentales, y el volumen, cualidad, desarrollo, desórdenes y demás diversas maneras de ser del encéfalo. ¿No sabemos nosotros que, si á uno se le arrancan los ojos, no ve ya más? ¿Pues qué inconveniente hemos de tener en admitir que un desorden encefálico traiga por consecuencia alguna perturbación mental? Y si el cerebro funciona en los diversos actos mentales ¿qué extraño es que el más voluminoso, ó mejor organizado, trabaje mejor, que se robustezca y mejore con el ejercicio, que imposibilite el pensamiento si se destruye, que le debilite si él se debilita y atrofia? Véase pues, cómo nosotros damos razón de los hechos que se nos oponen; pero desafiamos á los materialistas á que expliquen ellos en su sistema el hecho tan cierto, más cierto aún, ó al ménos más inmediatamente cierto, de la *unidad del ser pensante*. Es de toda evidencia que cada hombre es el mismo, cuando percibe diversas sensaciones,

cuando pasa por emociones distintas, cuando piensa, cuando quiere, cuando libremente elige. El sentido íntimo me dice que yo mismo percibo y comparo sensaciones distintas y aun contrarias, como de frío y calor, de una cosa redonda y otra cuadrada, que yo mismo recuerdo lo que me pasó hace veinte años, que yo mismo pienso y discuro, juzgo, comparo y me resuelvo libremente. Pues; si ese *yo* es el cerebro, explicadme: ¿es todo él, ó es solo alguna parte? Si lo primero, habrá tantas sensaciones, ideas, juicios, voliciones, como partes tiene el cerebro; cosa inmediata y directamente contraria al testimonio ineludible del sentido íntimo, y si á cada parte del cerebro corresponde una parte alicuota de sensacion, idea, etc., no es esto ménos opuesto al sentido íntimo; que no distingue partes de ideas, juicios, voliciones, y al sentido comun, que preguntaria riendo á carcajadas: ¿dónde está la tercera ó décima parte de una sensacion, de una volicion, de una idea, sobre todo si es de objeto inmaterial, como lo simple, lo indivisible, la virtud, la justicia, el deber? Si es solo alguna parte del cerebro la que siente, piensa, quiere, tendrá que ser simple ó verdaderamente *una*, pues en el caso contrario quedaria la misma dificultad. Y si es *una*, ó esa lo hace todo, y las demás no sirven para nada ni son sujeto del pensamiento ó volicion, ó una percibe una cosa y otra otra, una entiende y otra quiere, y és imposible la *unidad* que nos atestigua el sentido íntimo, imposible la comparacion que no cabe sino en el sér que conocó todos los objetos que compara, imposible la volicion, porque no la hay sin conocimiento prévio. Es, pues, metafísicamente imposible que los actos mentales correspondan á partes distintas, y si corresponden á una, y esta es simple, y piensa, y siente, y se acuerda, y juzga y quiere, eso es lo que llamamos *espíritu*: si quereis que sea una parte del cerebro, cuhorabuena, con tal que sea *una, simple, inteligente, activa*, es decir, que no sea materia. Si quereis ser materialistas, átribuyendo el pensamiento, la sensacion, la voluntad, libre, á un cuerpo sin extension, sin divisibilidad, sin inercia, esto es, á un cuerpo que no es cuerpo, á un cuerpo incorporeal, id con Dios: ese cuerpo no es el cerebro, y vosotros hablais logomaquias é incurris en palpables contradicciones. Así, pues, la filosofia basada en los *hechos* y en la razon, solo explica los fenómenos internos del pensamiento por medio del espiritualismo, y ex-

plica tambien los hechos orgánicos en correlacion con aquellos; y la filosofia materialista no puede explicar los primeros sin incurrir en contradicciones manifiestas; *luego no es una filosofia basada en los hechos, la naturaleza y la razon*. Claro es que no hemos hecho más que apuntar una prueba en favor de la espiritualidad del alma, porque no tenemos ahora necesidad ni tiempo de demostrarla en toda regla, persiguiendo al materialismo en todos sus sofismas, y, valga la claridad, en todas sus ignorancias.

Con esto queda probado que la inteligencia no es un movimiento de la materia, como dice Moleschott, por más que sea preciso para su ejercicio en el hombre algun movimiento de la materia, como condicion prévia en el estado que ahora tiene. «Si fuera una secrecion, dicen, se podria preguntar al fisiólogo ¿dónde está? ¿cuánto pesa? ¿qué color tiene?» Bien me parece. Y si fuera un movimiento ¿no se podria preguntar: cuál es su direccion y su intensidad? ¿Es rectilíneo, ó curvilíneo, de oscilacion, ondulacion, trepidacion, esférico ó elipsoidal? «Que el calor se trasforma en movimiento; luego tambien este puede trasformarse en idea.» El calor es un movimiento, como dicen todos los físicos, y nada tiene de particular que se trasforme en otra clase de movimiento; pero ¿qué clase de movimiento es la sensacion de calor—no la impresion—la idea, el juicio, la libre voluntad?

Que el alma reside en el cerebro nada me importa, nada tengo que oponer, como no se la convierta en el cerebro mismo: ni tampoco tengo dificultad en que se rechacen todos los milagros del magnetismo, como ver por el estómago, leer con la espina dorsal, etc., cosas todas que la ciencia repele, como debidas al artificio ó á la ilusion, á la connivencia entre juglares y farsantes,» pero si se trata de un milagro que se atribuye á Dios, lo examinaré, porque *la ciencia* puede rechazarle ó admitirle, segun los motivos que tenga para lo primero ó para lo segundo, puesto que, al fin, si un milagro no se hace detrás de cada esquina, es muy posible en sí, como antes hemos visto. Y no tengo más que decir sobre los capítulos 12.°, 13.° y 14.°

(Se continuará.)

FRANCISCO CAMINERO.



Sr. Director de LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD:

Pues va V. á insertar, querido amigo, en su acreditada Revista mi réplica á Ruiz Aguilera, que escrita en Cáceres á vuela pluma el mes pasado se publicó en *La Época* de 3 del actual, concédame tambien un par de hojas de su periódico para disculparme con sus inteligentes lectores, y en particular con su mas distinguida colaboradora, del silencio que he guardado desde la aparicion de mi invectiva *A los poetas*, por ella antes que por el cantor de los *Ecos nacionales* contestada. No solamente la galanteria y el respeto debido á tan ilustre poetisa como doña Concepcion Arenal, que ésta seria razon bastante; muévenme otras de gran peso á decir al público dos palabras que mi proceder justifiquen.

El éxito de mi increpacion *A los poetas*, que por inmerecido y en demasia lisonjero únicamente á su oportunidad puedo atribuirlo, hizo llover sobre mí de varias provincias de España multitud de contestaciones en prosa y verso, plácemes y cartas, entre las cuales algunas de personas tan respetables como queridas, que á su profundo saber reunen altísima reputacion literaria, llegaron á poner en duda la justicia que me asistiese para lanzar tan graves acusaciones sobre mis

hermanos en ciencia gaya.

«Creo (me decia una de ellas en 4 de Octubre) «creo que lo único » y solo que en España no se ha prostituido aun, son los verdaderos poetas, porque de copleiros, bufones y truhanes no hay para » qué hablar. Los poetas no se han puesto, gracias á Dios, todavia » al servicio de la iniquidad»... En boca repito, de persona de alta reputacion y moralidad literaria, no podian menos estas reconvencciones amistosas de hacerme desconfiar de mi criterio, con tanta mas razon, cuanto que yo recordaba efectivamente, desde los Matrimonios reales en 1846, algunos destellos proféticos de la musa española, como aquel canto magnífico, que diez y ocho años despues y en una coleccion de versos palaciana, pasó por obra de un misántropo y hoy parece inspiracion de un profeta:

No lamentos ¡oh España!, tu pobreza,
tu desventura, si, pues no lo dudes:

en tesoros no estriba la grandeza:
ero te sobra, faltante virtudes.

¿Qué hiciste de la fé, que cien naciones
rindió á tu suave yugo por trofeo?
¿Y que de la lealtad? yá en tus pendones
«Dios, Patria y Rey» medio borrados leo.
.....

Ya tiene altares la avaricia impura:
que son ¡oh mengual entronizado el vicio,
la ingratitud ingenio y travesura,
gala el descaro y la calumnia oficio.

Pueblo, el paso deten; á horrible abismo
te arrastran tus solícitos bufones,
ladrones de tu fé, de tu heroísmo,
y de tu paz doméstica ladrones.

Al mismo tiempo que estos versos, recordaba yo otros de Gaspar Nuñez de Arce, en su *Epístola á Antonio Hurtado* y en su magnífico soneto *A España*, (que reprodujo LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD en 10 de Mayo de 1873, (habia visto la luz en 67) como tambien otros de Grilo en su preciosa composicion *A una monja*, llenos de profunda intencion política y de temores por lo porvenir; pero ¿eran ellos bastantes para disculpar el silencio de los poetas en la pavorosa crisis que en el veraño anterior atravesábamos? ¿no tenian mucho mas carácter político y *de oposicion*, que religioso ni social? ¿podia creerse comprendida en lamentaciones tales aquella situacion terrible, que puso á dos dedos de su ruina total nuestra nacionalidad querida, nuestra familia cristiana, nuestro estado social y religioso y hasta nuestro carácter de pueblo civilizado? Hé aquí las preguntas que yo me hacia para resolver las angustiosas dudas que aquel respetable amigo sembraba en mi conciencia. Finalmente, dos ó tres poetas, por altos y conspicuos que sean ¿son la poesia?

Puesta la cuestion en este terreno, que era el suyo propio, se abria ancho campo á mis investigaciones. Y las hice incansable. Pregunté á la poesia popular, que marcha siempre delante de la crúdita, cantando los sentimientos del pueblo en las grandes crisis históricas, y la respuesta fué horrible. Pregunté á Sevilla, que ha visto derribar algunos de sus más hermosos templos y arder su incomparable calle de las Sierpes; pregunté á Cádiz, que se ha estremecido de horror viendo en almoneda su Custodia del

Corpus Christi, y derrocados sus santos Patronos, felices sucesores del Hércules fenicio; pregunté á Málaga, que ha vivido casi un año en plena Edad Media, alternativamente entregada á la rapacidad y á los instintos sanguinarios de dos turbas rivales; á Granada pregunté, que igualmente resucitó á los Zegries y Abencerrages entre sus ciudadanos y á los vándalos entre sus monumentos gloriosos; pregunté á Barcelona, que no olvidará jamás sus templos convertidos en lupanares, los púlpitos en lechos de prostitutas, las aras en sursales de las tabernas, y sus sacerdotes llevando el Viático en el bolsillo cubiertos con innoble disfraz; pregunté á Alcoy, pregunté á Madrid, oásis misterioso é incomprendible en medio de un desierto de desolacion, y ¿cómo me respondieron? Enviándome á legajos los *romances*, las *coplas*, las *décimas*, los *himnos*, los *trovos nuevos*... ¿me atreveré á decirlo? *contra Dios, contra los sacerdotes, al saqueo, á la federal, y hasta...* ¡horrorícese el lector! hasta *al petróleo* (1). La poesía popular estaba juzgada. Únicamente el *genus* satírico, en ciertas regiones menos corrompidas ó más zumbonas, se permitía de vez en cuando sacar tímidamente la cabeza en coplas como éstas:

Ande la lata,
ande el petróleo,
anden diez reales,
ande el embrollo (2).

La república en Guareña
la cantan los taberneros,

(1) Madrid mismo, centro del gobierno y de la cultura española, estaba invadido por esta literatura soez y desmoralizadora, la cual debe ser estirpada (si ya no lo ha sido, que lo dudo) por la república *honnête*, que hoy nos gobierna. Por detenerse D. Juan Bravo Murillo, en compañía del director de esta Revista, á oír ciertas coplas chavacanas que estaba cantando un ciego en la calle de Peligros, esquina á la de la Aduana, cogió sin duda la pulmonía que le llevó al sepulcro. Aquellas coplas se titulaban: *Los cuatro barberos políticos*, Necedal, Gonzalez Bravo, Prim y Sagasta.

(2) Esta copla tiene una variante.

Ande la lata,
ande el estaño,
anden diez reales,
ande el engaño.

De las dos maneras se ha cantado en Málaga.

y en D. Benito la cantan
los sastres y zapateros.

El cándido de Figueras,
y el radical Figuerola,
nos han dejado en cucrines
sin calzon ni camiseta.

ó como otra canción algo más acentuada, que empieza:

La mujer republicana
lo ha de dar todo de balde,

y yo no la concluyo, porque juega del vocablo con las palabras re-pu-blica y re-pu-tar, de una manera incisiva y graciosa; pero poco decente. Estos eran todos los desquites, las venganzas todas que el buen sentido público y el genio español castizo y honrado se permitían en aquellos momentos; pero en cambio ¡cuánta blasfemia! ¡cuánta herejía! ¡cuánta calumnia histórica y social contra las clases más respetables! Por la siguiente muestra de las coplas contra el clero, que son las que más abundan en ese Parnaso impío, podrá formarse idea de la asquerosa corrupción en que la musa popular había caído:

Ya se le acabó á los curas
el comer á dos carrillos,
y el ir de noche al café
con el ama y los chiquillos.

Ahora bien ¿qué hacía la poesía culta, la honrada musa española, para protestar contra tamaños desvaríos, para sacar al pueblo de tal abismo de indignidades é ignorancia? Nada, absolutamente nada. Silenciosa y oculta en el fondo de los perfumados gabinetes, como las sibilas del primer siglo de la Era cristiana, que veían apagado el fuego sacro por el rocío fecundante de Judea, ¿no daba á entender bien claro á las clases populares que los dioses se habían ido? el silencio ¿no era una complicidad con ellas? ¿no establecía con ellas el lazo vergonzoso del descreimiento, de la falsa filosofía, de la carencia de fé religiosa y social? Que tres ó cuatro poetas, más ó ménos elocuentes, hubieran cantado como Virgilio *paulo majora*, en días pasados y bajo una inspiración más política que nacional, ¿era bastante ra-

zon para absolver y purificar al nuevo paganismo poético? No en manera alguna. Yo sí que lo estaba, y perfectamente en su lugar mi increpacion, mi invectiva *A los poetas*, ó como quiera llamársele, que escribí ex-profeso para la DEFENSA DE LA SOCIEDAD, pensando en su elocuente título, y no en son de guerra contra los malos gobiernos, sino contra los pueblos pervertidos y contra las perversas ideas.

Pero entre tanto había pasado el tiempo, y mis deberes de cronista de Extremadura me tenían viajando por aquellas provincias, repartidas mis horas entre los archivos municipales y los monumentos históricos. La bellissima contestacion de la señora Arenal no era la única que hubiese llegado á mis manos, pues amigos muy queridos y poetas beneméritos de Andalucía, de Valencia, de Galicia, me excitaban pública y privadamente á proseguir la comenzada empresa, á despertar á las Musas de su letargo infame, cada cual desde su punto de vista político-literario. Primero aquellas vacilaciones, no de mi fé religiosa y social, sino de mi conciencia de escritor, que llegó á dudar en los términos que he referido de que me asistiese justicia; y despues la general tendencia, inevitable en este género de polémicas, á penetrar en un terreno que las empequeñece, paralizaron mi accion, echando sobre mí la nota de descortés, principalmente con la ilustre poetisa que me había invitado á marchar en su honrosa compañía

... por la senda solitaria,
elevando al Señor una plegaria,
y á la patria infeliz un triste canto.

.....
Su quejido resuena en nuestra lira;
del mártir se corone con la palma;
no es grande el corazon ni grande el alma
que en los grandes dolores no sé inspira.

.....
Nó, de la patria en los horrendos males
nuestras tímidas voces no enmudecen;
canten otros las cosas que perecen,
y cantemos las cosas inmortales.

Afortunada ó desgraciadamente, la contestacion que me dió en *La Epoca* á principios de Diciembre mi amigo Ventura Ruiz

Aguilera, colocándose en un punto de vista erróneo en mi concepto, pues hacia la apoteosis del eclecticismo filosófico, que en religion es una forma vergonzante del ateísmo, púsome en la necesidad de replicar; quedando al descubierto con los demás poetas, que supongo comprenderán ahora las causas que me impulsaron. Ellos eran apologistas; Aguilera impugnador; ellos venian á sacrificar en mis propios altares; Aguilera á derribarlos. A ellos ¿qué tenia yo que decirles? Todo lo más, que nuestro ideal debía de ser la *patria*, no tal ó cual fórmula política pequeña y miserable. Que buscar en lo pasado todas las soluciones de lo porvenir es exponerse á quedar convertido en estatua como la mujer de Loth. Eso era justamente lo que el cantor de los *Ecos nacionales* creía y censuraba en nosotros; que llorábamos por lo pasado condenando todo lo presente; que es un error más insostenible, que si yo le dijera que en su *contestacion* palpita la defensa de la *Commune* de Paris y de los presidiarios de Cartagena. Inspiradas en los principios religiosos y sociales han vivido, viven y vivirán las más antitéticas formas de gobierno, incluso las repúblicas, mientras que *ignorando donde está el bien y donde el mal*, careciendo de fe hasta el extremo de consentir el mal, *por si acaso produce algun bien*, se entregan los pueblos á un fatalismo inconsciente, destructor de todas las energías colectivas é individuales, y no hay en ellos gobierno posible, ni orden posible, y la sociedad se convierte en un caos. España acaba de ofrecer pruebas de esta verdad, que recojerá la historia. Vacilaron los gobiernos de Figueras y Pi entre lo bueno y lo malo; no sabian á punto fijo si debía de sacrificarse á Jesús ó á Barrabás, y llegó el país á la boca del abismo; pero abrazóse Castelar con los principios religiosos y sociales, y ya hubo patria; ya fué nuestra salvacion posible, porque Dios ayudaba á los hombres.

¿Y cómo no? ¿Quién desde el fecundo campo del Catolicismo, creador insigne de la democracia cristiana, de la igualdad ante la ley, y de la única fraternidad vividera entre nosotros, la fraternidad del amor y de las creencias religiosas, quién desde ese campo, repito, puede rechazar forma alguna de gobierno, cuando la divinidad de esos principios consiste justamente en ser compatibles con todas, en conciliarse con todas, en amoldarse á todas, con tal que tengan la justicia por base y la realizacion del dere-

cho por objetivo, y no pueden tener otra base ni otro objetivo las formas de gobierno posibles en las sociedades civilizadas? Pues qué, la Iglesia católica, el organismo católico, ¿no son esencialmente democráticos? Todos los soñadores de todas las escuelas liberales ¿no invocan el nombre de Jesucristo con más ó ménos error? Lo que hay es que se confunden los medios humanos de la política y se tuercen los caminos del gobierno; que entregado el mundo á la controversia, llega la pasion á exigir por fuerza lo que el principio religioso pide por amor, por deber ó por caridad; que se ocultan á la corta vista del hombre las fuentes eternas del bien y del mal, y finalmente, que en las naciones latinas se ha esperado y se esperará siempre de los gobiernos, por ministerio de la ley, lo que es obra de los pueblos, por la instruccion, por la moralidad, por la civilizacion cristiana.

De aqui los grandes errores, hijos de la grande impaciencia y del orgullo satánico de la humana sabiduria. Con la misma pluma con que combate Renan, en sus *Estudios religiosos*, el gobierno intransigente de Felipe II, aplaude y disculpa las intransigencias de Calvino, considerándolas una imposicion de la época, una necesidad de la mision que se habia impuesto en aquel momento político. ¡Y para Felipe II no habia tal mision ni tal necesidad! Con la misma pluma con que mi buen amigo Aguilera anatematiza los horrores de lo pasado, las hogueras atizadas por los reyes, la tiranía de Neron y Atila, con aquella misma pluma pide tolerancia para las hogueras de Alcoy y Cartagena, para Contreras y Roque Bárcia, fundado en que *quizás* esos horrores anuncian el doloroso alumbramiento de una fórmula de progreso. ¡Como si el progreso pudiera nunca ser hijo del mal y del crimen! ¡Como si la libertad pudiera nacer donde sólo se siembran semillas de bárbarie y tiranía! Y cuenta que el autor de los *Ecos nacionales* no es de los que menos han aprendido en esta escuela de los grandes desengaños, que estamos hoy cursando todos los españoles. Al contrario. La leccion que acaba de recibir es de las que nunca se olvidan. La patria desangrada y envilecida le ha impuesto recientemente el sacrificio de borrar, de renegar (¿por qué no llamaremos las cosas por su nombre?) sus bellos cánticos contra el *tributo de sangre*, contra las quintas, porque ellas han venido á ser en un momento solemne la única tabla de salvacion para el pais. ¡Y qué

significa esto? ¿qué significa este silencio del incansable censor de *las quintas*, justamente en el momento en que éstas revestían una forma más horrible, desgarrando todos los corazones de todas las madres españolas? Pues significa indudablemente que el distinguido cantor del pueblo reconoce que antepuso preocupaciones sentimentales á principios eternos, que confundió la caridad con la filantropía, su moneda falsa, y que ha reconocido, en fin, que es indigno de buenos ciudadanos, como él, engañar á las inocentes madres, haciéndoles creer que puede la patria pasarse sin sus hijos.

Hé aquí, cómo los poetas, que de lo pasado únicamente aplaudimos la fé religiosa, el espíritu cristiano, informándose en las sociedades, en las leyes y en las costumbres, porque las cuestiones políticas no son afortunadamente de nuestra competencia, podemos creernos, y somos en efecto, cuando de nuestros cantos se quiere deducir una teoría gubernamental, más liberales, más demócratas, más amigos del pueblo y de su verdadera emancipación, que los que confunden las fuentes del bien y del mal, disculpan los horrores del funesto año 1873, y no piensan que por ese camino iba el pueblo derechamente á la barbarie y á la tiranía, porque los héroes de Barcelona y Cartagena están mucho mas cerca de Neron y Atila que Felipe II.

Voy á concluir, excitando á los partidarios, mas escasos por fortuna cada dia, de las doctrinas de que mi amigo Aguilera es ilustre representante poético, á meditar sobre el espectáculo que presenta en estos momentos nuestro pobre país. La musa culta, la poesía erudita, ya hemos visto que calla temerosa ó quizás en el mal contagiada; la popular, tambien la hemos visto revolcarse en el lodo de las mas viles pasiones, desgredada por el delirio la cabeza, saltándosele los ojos por la embriaguez que produce el crimen, tintas en sangre y vino sus ya asquerosas vestiduras... Pues bien, hay en los pueblos meridionales otra poesía, que representa acaso mejor que aquellas el espíritu de los tiempos y de las razas, porque las representa en sus primitiva y cándida sencillez, sin afeites ni atavios. Es la poesía de los campos, libre como las aves, pura como las brisas, armoniosa y natural como el susurro de los arroyos, que solo reflejan el azul del cielo y las calmas inefables de la naturaleza, dulce y cristiana, en fin, como

el alma de Garcilaso; esa poesía del pastor, que sentado junto á su perro al borde de los precipicios, parece el símbolo mas puro del ideal del hombre, puesto á mitad de camino entre la tierra y el cielo...

¿Y qué nos canta hoy esa musa de las florestas, sencilla y candorosa?

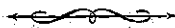
¡Ah! los que no habeis visto en nuestros campos yermos ó abrasados, tétrico, sombrío, mudo, al pastor amable que antes cantaba amores y villancicos devotos á toda hora; los que no le habeis visto rechinar los dientes al acordarse de la ciudad y del *amo*, no podeis comprender la horrible poesia que tiene su único canto, el único resumen que hace de sus meditaciones, de sus pensamientos, de sus creencias y sus esperanzas. Hélo aquí:

No hay Dios, ni Virgen, ni naa,
no hay mas que sol, luna y azaa.

¡Horrible dístico, que tiene hoy mas secos los campos de nuestra pobre España, que la guerra y la devastacion! ¡Soez apotéosis del mas brutal instrumento de trabajo, de *la azada*, apotéosis que no se hace en respeto á la sentencia divina—*ganarás el pan con el sudor de tu frente*,—sino en ódio y en son de guerra á toda la humanidad que no maneja aquel instrumento. ¿Sabeis cuál es esa religion del sol y de la luna; del sol, que, como dicen ellos, rige los campos y produce las buenas y malas cosechas; de la luna, que rige á los hombres, y los enferma y los sana, les permite el trabajo ó se lo veda? Pues esa religion es el sa-beismo, la primera idolatría que surgió entre las ruinas de la torre de Babel. Decidle al hombre de los campos *que acaso no está en un error*; que acaso en su horrible dístico late y se entraña una *nueva fórmula de progreso*, y volvéreis de golpe al alfa y al ómega de la barbárie primitiva, y cuando creais marchar al reinado de la razon, de la justicia y del derecho, os encontraréis bajo el imperio de *la azada*, echando acaso de menos la herradura brutal del caballo de Atila.

8 de Febrero de 1874.

VICENTE BARRANTES.



¿FILÓSOFOS Ó CRISTIANOS?

Réplica á Don Ventura Ruiz Aguilera

Tu epístola he recibido,
caro Ventura, tan llena
de poesia.

¿Estaba Homero dormido,
que su música te apena,
alma mia?

De los vates castellanos
el silencio yo censuro,
que contemplo,
cuando luchan los hermanos,
cuando Dios no está seguro
en su templo.

¿Qué traen los vientos? Querellas;
y los ecos? Estampidos,
voz de crimen.

Viudas, casadas, doncellas,
padres, hermanos, maridos,
todos gimen.

Y sobre tanta ruina
se alza el espectro asqueroso
del ateo,
á la justicia divina
provocando con su odioso
nada creo.

¡Nada! Y cae sobre tus hombros
hecho pedazos un mundo
lácio y yerto!...
Cree siquiera en los escombros...
cree en el abismo profundo
que has abierto.

— «Llora, pueblo, tus pecados,
llora (te digo al poeta)
»sus errores,
»que en tiempos desventurados
»el poeta es un profeta
»de dolores.

»Si quieres regenerada
»ver á la nacion valiente
»que en tí adora.

»canta su virtud pasada,
»llora su maldad presente...
»canta y llora.»

Pero una voz de sirena
viene á interrumpir mi canto
dolorido....

Mi indignacion te dá pena,
y pone mi duelo «espanto»
en tu oído,

«Tanta sangre que nos baña.,
»tanto crimen, tanto esceso,
»quizás sea

»Jordan santo para España,
»paso firme hácia «el progreso
de la Idea!»

»¿A quién ¡ay con ceño adusto
»llamare de rencor lleno
»miserable?

»¿Quién el malo? ¿quién el justo?
¿quién aqui, quien es el bueno
y el culpable?»

¡Ay! me entristece y aterra
el antro donde, Ventura,
tu alma mora....

¿No hay bien ni mal en la tierra?
¿tan torpe es la criatura,
que lo ignora?

El bruto, el ave, la planta,
buscan su bien por instinto
natural,

y el hombre no se levanta
do distinga muy distinto
bien y mal!

¿Juzgas mártir verdadero
al que en Cartágena muere
blasfemando,
ó al bendito misionero,
á quien el salvaje hiere
predicando?

Ya la humanidad sencilla
no puede ser engañada,
como era.
Cuando dobla la rodilla,
sabe la imágen sagrada
que venera.

Desde presenció el Calvario
aquellos santos misterios,
que yo adoro,
no tiene el mal santuario,
ni los Silas y Tiberios
carros de oro.

¡Progreso, de Dios bendito!
no eres tú fruto de horrores,
vicios, males,
ni el ideal infinito
de impíos reformadores
criminales.

¡Idea! La ciencia loca,
que tuvo en Babel su cuna,
piensa osada,
que á Dios mira, que á Dios toca,
si alza hasta el cielo importuna
su mirada.

¡Si! y es «raza envilecida»
la que, sin sufrir «mal grave»
«va sin tino»,
á una cosa... que no es «vida;»
como «ciego que no sabe
»su camino.»

¿No tiene el hombre conciencia
que con grito misterioso
bien le advierte,
que en el árbol de la ciencia
hay un fruto ponzoñoso
que dá muerte?

Si viven juntos y nacen
bien y mal que se confunden,
por tal modo,
cuando en el mal, se complacen
¿por qué los pueblos se hunden
en el lodo?

¿Por que Salem la deicida

no levanta la cabeza
derribada?

¿Por qué Grecia descreida
simil es de una belleza
deshonrada?

Tú ves «a Cristo con Judas»
siempre junto caminando...
yo tambien;
mas sin *distingos* ni dudas;
uno el mal representando,
y otro el bien.

Decir:—»Paso al Iscarote,
»que otro Cristo quizás sea
»de otro dia...»

¡Jamás! ¡Dios mi mente embote!..
que no es progresiva idea,
es impia.

¡Ay! Cuán amargos pesares
al triste esperan, que toma
tal sendero.

Quien á Cristo niega altares
debe adorar á Mahoma,
ó á Lutero.

Siembra zarzas que le ciegan,
abre hoyos que le tragan
de repente,
que á los que al mal las entregan
asi las naciones pagan
justamente.

A la prometida tierra
iban con Dios por su via
con pié cierto,
y El airado las destierra
de la barbarie sombría
al desierto.

Locos que á locos seguís,
ciegos que á ciegos guiais,
¿no sabéis
que de la verdad huís,
y hácia la mentira vais?...
¿no lo veis?

«El poeta que á Dios sienta»
á la luz marcha «resuelto»,
no inseguro;

no vacila torpemente
á lo claro «*el rostro vuelto*»
por lo oscuro.

A tí «*el verdugo*» te irrita;
á mí, solo el oír su nombre
me anonada...

Pues él es la obra maldita
de esa ciencia que hace al hombre
todo y nada.

Quien al pueblo dijo insano:
—«Ni de Dios en adelante
»sufras yugo;»
engendró al primer tirano,
y le dió por ayudante
al verdugo.

Cuando á «*la hoguera*» llevaban
el «*haz de leña los reyes*»
que pasaron,
á la vil plebe adulaban,
que por ella aquellas leyes
se dictaron.

Ella engendra los errores,
los delirios insensatos
cada día.
Si los hombres superiores
aplauden sus arrebatos,
¿quién la guía?

Ayer quemó por herege,
y mañana por cristiano
quemará.
Como el que manda la dege,
verdugo en ella y tirano
creará.

Verdugo, suplicio, hoguera,
vân en foco mas fecundo
á abismarse,
Que es Dios lumbre verdadera,
y á ella se calienta el mundo,
sin quemarse.

Por eso al mirar, por eso,

incendios, guerra y matanza,
nuevamente,
lloro, acuso... ¡no al progreso!
quien diga que así se alcanza;
pueblo... ¡miente!

«*Lo pasado*» me enamora...
aunque de Neron y Atila
yo abomino;
por la fé consoladora,
que alumbró con luz tranquila
tu camino.

No amenguan nuestros pecados
Pecados de antiguas gentes,
ni los lavan.

Si los errores pasados
son disculpa á los presentes,
¿cuándo acaban?

La sangre ya no es «*bautismo*,»
ni ya la idea «*entre duelo*
»*cuerpo toma*;»
harta vertió el cristianismo,
cuando en la cruz «*voló al cielo*
»*la paloma*.»

Esa que corre á torrentes
Por los campos españoles,
podre y lodo,
secando está aquellas fuentes,
nublando está aquellos soles...
¡pudre todo!

¡Y he de retirar «*mi mano*
»*de tí, mártir desvalida*
»*ya sin calma?*»
Jamás. «*Buen samaritano,*
»*pongo bálsamo en la herida*
»*de tu alma*.»

Te enseño, pueblo, lo justo;
ama el bien; busca la gloriá
verdadera;
no erijas en ley tu gusto,
y no brillará en tu historia
ni una hoguera.

VICENTE BARRANT ES.

Cáceres 16 de Diciembre de 1873.



SECCION HISTÓRICA

SUCESOS DE VALLADOLID

Aunque ponga en el ánimo duelo el relato continuo de siniestros sucesos, producidos con tal frecuencia en campos, villas y ciudades por nuestras íntimas discordias civiles, debemos referir al menos un episodio interesante de la violenta lucha, que tuvo lugar en Valladolid en los días 4 y 5 del anterior mes de Enero, á la vez que otra mas sangrienta rugia en las calles de Barcelona, Sarriá, Sanz, Zaragoza y otras poblaciones.

En la de Valladolid, segun informes y datos fidedignos, que nos comunica persona merecedora del mayor crédito, tuvo una intervencion providencial y benéfica el señor Arzobispo y Cardenal Morono, que ahorró muchas lágrimas y desastres en los mas críticos momentos, con grande emocion y gratitud de aquella consternada ciudad, y gloria y regocijo del paternal ministerio de tan ilustre prelado.

Los ruegos de algunas personas de generosos sentimientos, que comprendieron la influencia que podría tener sobre el ánimo de los contendientes de ambas partes, que se aprestaban á un combate de exterminio, contribuyeron á acabar de decidirle, á llevar, cual su corazon anhelaba, con su propia persona, con las súplicas de sus labios y el ejemplo de su conducta, mensaje de paz á los que solo de guerra trataban y á inminente guerra se apercebían. Lanzóse resuelto en busca de las barricadas, y, ya en medio de la calle, varios individuos socios de la Cruz Roja, que, donde quiera arde la lucha, aparece llevando con heroico denuedo el consuelo á los heridos, y la protesta contra la agresion y el coraje entre los hombres, hicieronle detener, temerosos del riesgo, á que el venerable anciano serenamente caminaba. Avistáronse entonces con el mismo, por mediacion de aquellos bienhechores socios, algunos jefes de los insurrectos. El prelado les dirigió con evangélica unción la palabra, exhortándoles á que no hiciesen por mas tiempo temeraria y funesta resistencia. Añadióles que la promesa de deponer las armas, que les pedia con encarecimiento, antes habia de honrarles que servirles de humillacion y desdoro, porque de su ministerio pastoral era propio el intervenir por la paz en las discordias; y el negarse á la paz, en nombre de Dios pedida, no otra cosa demostraba que bajo rencor, sañudo encarnizamiento, y ciego deseo de venganza, en vez del valor y heroísmo, que enaltece la defenisa de las causas justas. Ofrecióles por fin, que si tal hacian, impetraria de las autoridades militares perdon é indulgencia. Y aquellos hombres, que

desde las barricadas desafiaban con ira el valor y denuedo de las tropas que los acometían, y que hallábanse dispuestos á hacer sufrir días tremendos de luto y ruina á la ciudad atribulada, sintieron apagarse el furor de sus ánimos, y doblaron su cerviz endurecida, dando oídos á la palabra, siempre fecunda y santa, del Evangelio, en lábios del sábio y virtuoso príncipe de la Iglesia. Apresuróse éste á cumplir lo que ofreciera, alegando ante la autoridad militar en defensa de los insurrectos la sumision con que habian obedecido sus exhortaciones, y consiguió de esta suerte que no se prolongara la inhumana lucha, ni vinieran en pos de ella los grandes extragos que se temian.

Este proceder noble, caritativo, heróico, que en todas partes, en donde tales sucesos se han repetido, han observado siempre los prelados, lo mismo en Valladolid que en Valencia y Málaga, y así en España como fuera de ella, es honor para la cristiandad, para la Iglesia lauro, y consuelo al ánimo contristado en medio del hervir de las feroces pasiones, alentadas á toda hora por la ceguedad del encono y la instigacion de todo linaje de malos instintos.

C. M. P.

SUCESOS DE CARTAGENA

Graves y tristes son los pormenores de los sucesos de Cartagena. Además de los daños y perjuicios incalculables sufridos en las exacciones, saqueos y atropellos continuos durante seis meses enteros, la propiedad urbana ha experimentado innumerables pérdidas por el fuego de las baterías sitiadoras. De los 24 barrios en que está dividida la población intramuros de Cartagena, han sido ya reconocidos 17, y se ha formado la estadística de los daños sufridos por el sitio. De los informes oficiales resulta que en esos 17 barrios hay 22 casas destruidas por el incendio, 305 totalmente arruinadas por el hierro, y 1,496 con notables deterioros. Los edificios que han quedado incólumnes no pasan de 40. Ante cuadro tan doloroso, bien se necesita acudir á la infortunada ciudad con toda clase de recursos. Aunque no es fácil calcular hoy con exactitud el valor de tanta casa derruida, subirá á mas de 60 millones de reales. El ayuntamiento no descansa un momento para ver de hacer transitables las calles y evitar nuevos hundimientos.

Ha vuelto á ver la luz en aquella ciudad *El Eco de Cartagena* en 1.º del actual mes, despues de suspendida su publicacion durante los seis de dominacion cantonal. En su primer artículo escribe:

«Teatro inocente nuestra ciudad querida de las mayores infamias que la historia patria registra en sus largas páginas, los cartageneros lloramos hoy nuestras desdichas, viendo destruidos nuestros mejores monumentos, por tierra los benéficos asilos que servian de bálsamo consolador á nuestras penas, sin edificios donde albergarnos y envueltos en la misma miseria que con valentía y entereza hemos sufrido en seis meses de forzosa y terrible emigración.

Los desperfectos ocasionados por las baterías de sitio durante los cuarenta y siete días de bombardeo en los edificios del Estado son de tal importancia que nos parece imposible verlos de nuevo como se hallaban.

El parque, que fué uno de los mejores edificios que existían en Cartagena, no es mas que un montón de imponentes ruinas.

El arsenal se halla completamente destrozado, aún cuando no destruido. El magnífico dique flotante se halla afortunadamente en buen estado. Todos los almacenes han sido saqueados, especialmente los de las fábricas de jarcias.

La capitania general de Marina, gobierno militar, hospital, cuartel de guardias marinas, donde se hallaba situada la intendencia, cuartel de infantería de marina, de artillería, y el conocido con el nombre de Antiguones han sufrido bastante, pero no han sido tampoco destruidos completamente.»

Pasan de 400 los presos por la Guardia civil y el cuerpo de órden público, que no descansan en su persecución á los criminales, habiendo conseguido con sus gestiones la devolución de muchos efectos que habían sido arrebatados á sus legítimos dueños. Débese hacer constar que Gutierrez, Germes, Sauvalle, Contreras, Bárcia, Galvez, Araus, y tantos otros que han figurado como principales autores de los desmanes cantonalistas, no son hijos de Cartagena.»

También una carta de Orán, que publica un periódico de Madrid, da curiosos pormenores sobre los últimos momentos de la insurrección cantonal en la famosa plaza de guerra del Mediterráneo.

«No bien hube entrado en la plaza, atravesando con mil peligros la línea sitiadora, dice el autor de esa carta, tropecé con unos cuantos cantonales, que, tomando pretexto de la franqueza con que les expuse la situación de España, pronosticándoles el aislamiento hasta la apertura de las Cortes, me impusieron como medida preventiva el arresto en el castillo de Galeras, terriblemente famoso por el ágrío carácter de su gobernador, el célebre carterero Pepe Saez, y por el mal trato que daba á sus gentes.

A la mañana siguiente, 2 de Diciembre, séptimo del bombardeo, subí á dicho castillo, acompañado de las simpatías de algunos y de recomendaciones de otros, que diciéndose mis amigos se alegraban de que fuese á aquel punto, aunque llevara la calidad de detenido, pues así me libraba de los proyectiles, que no llegaban á ese castillo.

El alejamiento en que vivía, la tranquilidad, hasta cierto punto que en el castillo disfrutaba, comiendo regularmente, sin obligármese al trabajo y siempre entre gente de buen humor, formaban contraste con las terribles agitaciones y escaseces en que se hallaban los defensores de la plaza. Sin embargo, por las noticias hasta nosotros llegadas teníamos conocimiento de escenas dolorosas, tan frecuentes, que ya nos acostumbramos á escucharlas con cierta indiferencia: unas 600 bajas entre muertos y heridos de todas clases, sexos y edades, incluyendo las 200 víctimas del parque; hé aquí el resultado de cuarenta y ocho terribles días de fuego.

La mayoría de los que sucumbieron antes de la voladura del parque fué mas por impericia y abandono que por efecto de los proyectiles. Solo dos de estos entraron en el castillo de Moros, uno sin reventar y ambos sin causar desgracias. Un día que al cargar una pieza se descuidaron, salió el tiro antes de terminar la carga, quemó al que atacaba é incendió varios proyectiles que al estallar causaron dos muertos y tres heridos. En una batería de las que mas blancos recibía, uno de los cañones de 20 reventó, y sus trozos inutilizaron otro cañon inmediato, matando á dos hombres, é hirió á otros cuatro que murieron en el hospital.

La bóveda de la puerta de Madrid se hallaba llena de gente, y, sin embargo, no se había ocurrido á nadie colocar detras ó delante de las puertas, que son de madera, algunas defensas. Atravesólas un proyectil y produjo siete víctimas, de ellas tres mujeres. La catástrofe del parque fué tambien debida á un abandono increíble. Y á todo esto, mas padecían los defensores por falta de alimento y de descanso que por el temor al peligro. Muchos no durmieron durante mas de un mes en otra cama que el suelo y al aire libre, ni comieron nada caliente; y aun hubo dias de recibir tan solo media libra de pan para pasar la indispensable sardina salada, base principal de la alimentacion de la fuerza.

La actividad y prevision de Saez hizo que nosotros no careciésemos de alimentos y aun de ciertas comodidades. A los pocos dias de estar en Galeras, supe la desgraciada suerte de los militares presos, por aquella conspiracion descubierta en Noviembre para entregar la plaza. Bajo siete llaves, completamente á oscuras, tras el polvorin y en un reducido cuarto, estuvieron los nueve presos, recibiendo un poco de rancho y media libra de pan, no todos los dias, sin ropa ni colchones, ni mantas, sin sacar las inmundicias que al principio llenaban el suelo sobre las cuales inevitablemente se acostaban, hasta que con las uñas hicieron algunos agujeros. No se les permitia hablar con nadie ni oian de lo que pasaba fuera mas que la noticia de que iban á ser fusilados de un momento á otro.

Yo nada podia hacer por aquellos desgraciados. Si hubiera demostrado interés por ellos, me hubiera visto conducido á su lado y quizás sufrido peor trato. El oficial de voluntarios de Murcia que solía entrar con Saez á llevar el alimento, honrado zapatero establecido en aquella ciudad, me decia á veces: «He

leído mucho, y todo lo que cuentan las novelas de los horrores de la Inquisición, es nada comparado con los sufrimientos de estos hombres.»

Conforme avanzaban las horas, las pasiones se desbordaban en la plaza.

Allí se arañaban y destrozaban unos á otros de un modo repugnante y asqueroso. En mi vida oiré á personas que creía formales, peor lenguaje y mas asquerosos modales de los que usaban cuantos hombres quedaban en la plaza. Así que los soldados, cada vez mas cansados de tanto sufrimiento, pensaron al fin en entregarse, y ellos fueron los que en primer término han contribuido á facilitar la entrada en la plaza de las tropas del gobierno.

En los últimos momentos Contreras trató de oponerse á la capitulación, pero no fué oído. La misma junta y las entidades mas importantes, amedrantadas, el dia 11 prepararon la *Numancia*, y el 12, desde muy temprano, comenzaron á invadirla en tal esceso, que á medio dia hubo que defender las escalas espada en mano, bien que tal era el tropel que de mujeres, hombres, fardos y muebles acudia, que se hubieran llenado cuatro buques como la *Numancia*.

La empresa de atravesar la línea era árdua, porque la escuadra presenciaba los preparativos y se alistaba al combate. Sin embargo, á las cuatro empezó á andar: momentos antes habia yo llegado. Al cuarto de hora estábamos varados. ¡Qué apuro, y con el gentío que llevaba el buque! A las cinco pudo salir del puerto, y á las cinco y media ya estábamos cerca de los buques de la escuadra. Se convino en no hacer fuego, dando toda la fuerza á la máquina. Conforme nos acercábamos á los buques del gobierno, los cabos de cañon ardian en deseos de disparar: á las seis ya habia roto el fuego la *Vitoria*, que se puso á la proa. La *Zaragoza* siguió á popa; á un lado la *Almansa*, á otro la *Cármen* y de reserva la *Navas*, formaron un círculo de que parecia imposible escaparse ningun buque. Entonces la máquina ganó toda su fuerza; llegó á andar 14 millas. Al duodécimo disparo que recibió la *Numancia* se halló colocada á medio tiro de cañon; poco despues á tres cuartos, y entonces subió nuestra fusilería sobre cubierta.

Las fragatas arreciaban sus fuegos cruzados en todas direcciones, y la *Numancia*, para abrirse paso, tuvo que disparar. Solo tiró dos cañonazos, pues al tercero faltó el piston. A los pocos momentos, lleno de impetuosidad nuestro buque, se deslizó soberbiamente por entre los cinco, que le hicieron sus últimos disparos sobre la popa. A las siete aun nos seguia de cerca la *Almansa*, como mas ligera, y hasta las nueve se la vió irse quedando rezagada.

Amanecimos en la bahía de Orán el dia 13. Contreras recibió la visita de las autoridades, á cuyo amparo se acogió toda la junta y los 2.500 hombres de todas armas y condiciones, y practicada la ceremonia de la toma de posesion del buque, este ondeó á los pocos momentos el pabellon francés.»

El Imparcial del 3 del actual tambien inserta un comunicado que desde el fuerte de San Felipe, en Orán, le ha dirigido don Félix Ferrer y Mora, que tan importante papel representó en la insurreccion de Cartagena. En dicho escrito se leen las siguientes lineas textuales:

«Sitiado en Cartagena, mal podia ocuparme de las aseveraciones de la prensa. Hoy, relegado en este castillo, he sabido que algun periódico me ha tachado de *flibustero*.

Protesto contra semejante tacha, siquiera ese estigma se hubiera lanzado hipotéticamente: mi hoja de servicios, mi conducta en Cuba y mi tenaz oposicion en la junta de Cartagena, donde en un momento de exaltacion hubo quien propuso enarbolar en la plaza y en los fuertes el pabellon norte-americo, constituyen pruebas sobradas de mi aserto.

Los compromisos políticos que contraje, cumplidos están; pero ni entonces ni nunca he dejado ni dejaré de ser español.»

Nueva revelacion, auténtica é indeclinable, del carácter execrable y vergonzoso que ha tenido el socialismo cantonal. ¡Se queria en una plaza española de primer orden, por unos cuantos llamados españoles, unidos á otras heces de otras sociedades, izar bandera extranjera! ¡En su rabia, ya impotente, por no haber desgarrado mas las entrañas de la patria, buscábase el arrancar con mano sacrílega un giron que dar al primer transeunte como última proeza de los que tantas y tan miserables consumaron!

Otros dos documentos importantes para la historia de la insurreccion cartagenera ha dado á luz *El Diario de Barcelona*, «cuyos redactores los han tenido originales entre sus manos.» Estos documentos fueron encontrados en el fuerte de San Julian por algunos individuos del regimiento de Galicia. Se hallan firmados y escritos por Roque Bárcia, cuyo estilo es bien conocido. Estos trístisimos y execrables documentos vienen á confirmar el anterior, firmado por el general Ferrer. Dicen así:

«AL GOBIERNO CENTRALISTA.—*Mensaje*.—Siendo víctima Cartagena de un atentado nunca visto contra el derecho de humanidad, hacemos saber al gobierno centralista que, si en el término de 24 horas no se suspende el bombardeo, que está asesinando á un pueblo inocente en nuestros castillos, en nuestros baluartes, en nuestros buques, enarbolaremos la bandera anglo-americana.

Si el matar silenciosamente á la mujer y al niño se llama derecho; si está en esta barbárie el derecho patrio; Cartagena maldice á la patria.

Elija el gobierno de Madrid: ó dejamos de ser tratados como

tigres, ó pediremos ser criaturas humanas en el seno de un pueblo libre, digno, trabajador y honrado.

Cartagena 16 de Diciembre de 1873.—ROQUE BARCIA.—*Es copia.*—R. ROJAS.

«AL EMBAJADOR DE LA REPÚBLICA ANGLO-AMERICANA.—Señor embajador: Suplicamos á V. se sirva transmitir á su gobierno las siguientes palabras de un pueblo héroe, de un pueblo mártir, de un pueblo fuerte, de un pueblo invencible.

Hace veintiun dia y veintiuna noche que están vomitando sobre nosotros el hierro de la muerte, como si fuéramos fieras del bosque ó perros rabiosos.

Ninguna autoridad ha dado aviso á los niños, á las mujeres, á los enfermos y á los ancianos. Ninguna autoridad ha dicho á la madre española: muere con tu esposo, pero salva á tu hijo.

Ningun gobierno nos ha intimado la rendicion; nosotros no nos hubiéramos rendido, no nos rendiremos, aunque nos dijera que nos rindiéramos.

Pero el hecho es que no nos ha dicho que nos rindamos. Nadie ha pronunciado una sola palabra; nadie nos ha dado un consejo; nadie nos ha dado una sola razon; con nosotros se hace lo que con una víbora: aqui te cojo, aquí te aplasto.

No nos aplastará, señor embajador; el objeto es aplastarla.

Nosotros no sabemos á estas horas quien nos combate: no sabemos si son ladrones; no sabemos si son asesinos; no sabemos si son incendiarios: y resistiremos hoy, resistiremos mañana, y siempre, á esos presuntos incendiarios, á esos ignorados ladrones, á esos silenciosos asesinos.

Sépalo la América, sépalo Europa, sépalo el mundo: aquí se comete un atentado horrible contra el derecho de familia, de la patria, de la civilizacion, del cristianismo, del sér humano; y en el nombre del sér humano, del cristianismo, de la civilizacion, de la patria, y de la familia; en nombre del pueblo y de Dios, preguntamos á la gran república americana si nos autoriza en un caso extremo como medio último de salvacion á enarbolar en nuestros buques un pendon federal, glorioso y acatado en todo el Norte.

El pendon que ondeara en Filadelfia, aquel Congreso que supo dar un dia generoso, un dia infinito, un dia sacrosanto á las nacientes libertades americanas.

Tenemos una gloria inmensa en ser españoles, raza de héroes, génio de gigantes.

Tenemos una gloria inmensa en heredar el nombre y las cenizas de nuestros mayores: mas si España consiente estos sacrificios gentiles, esta crueldad desconocida, esta crueldad inmolada en los Kamulkos de la Siberia, aprenda España que hay en este mundo una criatura mas grande que ella, la humanidad.

Delibere la Union del Norte sobre estas maldades de Occidente, y háganos saber su resolucion con la calma del justo.

Si, con calma, pueblo americano, porque Cartagena tiene que

ser como la roca de los mares: ni se rompe, ni se rinde, ni tiembla.

Cartagena 16 de Diciembre de 1873.—ROQUE BARCIA.—Es copia, R. ROJAS.»

Recuérdese que cuando la insurreccion agonizaba, diferentes correspondencias aseguraron que la junta cantonal habia dirigido un mensaje á la república norte-americana en demanda de autorizacion para izar su pabellon, cuyo inicuo hecho fué negado por los periódicos que simpatizaban con la rebelion, por mas que *El Canton Murciano* se hubiera expresado en el mismo sentido. Hoy ya no hay duda alguna, los cantonales se hicieron filibusteros el 16 de Diciembre, y no sirven para negarlo las protestas deplorables hechas posteriormente.

Está, pues, desgraciadamente probado que en Cartagena había filibusteros que acechaban la ocasion de desmembrar á España y sumirla en una nueva guerra extranjera, para cubrir así sus crímenes.

Hacemos gracia á nuestros lectores de las incalificables cartas *á posteriori* del demagogo español Barcia y del comunista de París Combatz. No son manjar á propósito para sanos paladares.

¡Qué enseñanzas las de estos conturbados tiempos, si se atiende y se aprende bien! ¡Qué campaña la campaña demagógica en España y en toda Europa. Instruidos, aleccionados á sangre y fuego quedan gobiernos y naciones, para que no puedan dudar.

CRÓNICA Y VARIEDADES

Obra importantísima del Sr. Cárdenas. Con el presente número de la Revista repartimos á nuestros abonados el prospecto de la obra, con que el señor D. Francisco de Cárdenas viene á enriquecer nuestros anales científicos. Su *Historia de la propiedad territorial en España* es una obra clásica, que hace honor á nuestra patria, y revela una vez mas las altas dotes de profunda inteligencia y sabiduría, y grave y sereno estilo, de su autor. En el número 63 (de 20 de Diciembre último) dímosla ya á conocer; y en el lugar correspondiente habrán visto nuestros abonados su anuncio; pero hoy volvemos á llamar la atencion de los mismos sobre produccion tan interesante para todos los hombres de ciencias y estudio, al repartirles el prospecto mencionado.

Consta solamente de dos tomos; y el primero está ya publicado. Véndese en casa de Bailly-Bailliere y en las principales librerías.
